

---

**LOS IMPECABLES**  
**REVELACIONES DE SABELOTODO**

Por

**MUSTIO**

Seudónimo de **LUIS MARÍA HERNÁNDEZ**

1892

*Nota:* Este libro se transcribió exactamente igual al original, respetando la ortografía y la redacción utilizadas en la época.

## USTED Y YO

PUES, LECTOR: Mire usted cómo de buenas á primeras encuéntrome cara á cara con uno de esos hombres que, á mi modo, y como me han enseñado á ver los objetos, es un providencial, pues tiene agudo el ingenio, doble la visión y muy abultado el vientre.

¿He dicho que me encontré con un hombre? Pues confieso que he sufrido una grave equivocación: la persona de quien voy á ocuparme no tiene sexo, como los individuos de ultratumba, y su posición social es susceptible de cambios como el astro de la noche. Su nombre, poco poético, pero muy acomodado á la misión que se ha impuesto sobre la tierra, es el de SÁBELOTODO.

Puede asegurarse que por donde quiera que usted pase y adonde quiera que mire, Sábelotodo está presente: aquel petimetrillo que se vuelve dobleces en la esquina y que, por requebrar á su futura, hecha mujeres y ancianos á la calle, ese es Sábelotodo; aquella niña que medio asoma su cabecita rubia detrás de las persianas y que tímidamente se apoya en sus balcones, fingiendo no ver á nadie ni atender á nada, esa es Sábelotodo.

Sábelotodo varía de sexo y posición á su voluntad, como yá he dicho, y ora se le encuentra en el obscuro albergue del mendigo, ora en la perfumada alcoba de la doncella, ora en la ventana donde se atrinchera la madre de familia; ya se le mira en el gabinete del médico, del literato y del jurista, ya en la persona del Ministro de Estado, ya en el banquero que vive de sus cálculos y del comerciante que ve en su vara de medir la realización de sus más grandes aspiraciones; aquí fabrica y bebe el maldito veneno, allí se disfraza de artesano, allá respira el humo de las cocinas, y más allá sacrifica su fortuna á la mayor de espadas.

Este misterioso personaje, poniéndome la mano sobre el hombro, me dijo una ocasión: "Es preciso que usted no llore más tiempo sobre las tumbas; yo quiero que varíen sus ideales. Se presenta á sus ojos ancho campo en la naturaleza misma de los hombres. Yo soy una persona que ha vivido mucho y que puede dar cuenta de los ajenos yerros, aunque nada se cuide de los propios; yo soy como el aire; á todas partes entro, y estoy al corriente de los secretos de todos los corazones.

"Yo quiero que usted escriba, pero debo trazarle el camino, pues temo se vaya por el sendero de sus eternas tristezas, poco adecuado para una sociedad que yá no sabe ni sentir.

"¿Conoce usted á Los Impecables? Supongo que no! Pues escriba, que voy á reseñarle algunos".

Según él dictaba, yo escribía, y cuando hubo terminado de tocar á juicio, no pude resistir á la tentación y le supliqué me diera su nombre.

Si me promete usted no dejar inéditos esos originales, no tengo inconveniente para darle mi nombre.

Le empeñé promesa á la medida de sus deseos, y poniéndose en actitud de marcha me dijo: Por el modo como hablo de los individuos en particular, algunos me distinguen con el nombre de Sábelotodo; pero yá que usted ha tenido la fortuna de encontrarme de buen humor en su camino, ¿por qué ocultar mi verdadera designación? Yo soy la Sociedad!

Dicho esto desapareció, quedando yo en el deber de poner en manos de la sociedad sus propias inspiraciones.

Al hacerlo, estoy muy lejos de contar con su odio, que sería gratuito, ni con sus recompensas, porque éstas vendrían á ser inmerecidas.

Medellín, Abril de 1892.

MUSTIO.

---

## LOS IMPECABLES

I

No siente doña Tomasa  
afición por la lectura;  
pero en cambio, con usura,  
acopia libros sin tasa.

Tiene un modo de comprar  
muy excelente, á su ver,  
y es el de no devolver  
los que le suelen prestar.

Por eso en su biblioteca  
reposan á maravilla

Cervantes, Foción, Zorrilla  
y el soñador de la Meca.

Venga usted con buen criterio  
á revisar ese armario,  
de donde cuelga el rosario  
en que ella reza el Salterio.

Leamos uno por uno  
los libros en la portada:  
América Conquistada,  
Las Dos Gracias, Pascual Bruno.

Es propiedad el primero  
de su amigo don Raimundo,  
de don Antonio, el segundo,  
y de don Blas, el tercero.

Y así el cuarto como el quinto,  
y el octavo como el ciento.  
contra el postrer mandamiento  
yacen con dueño distinto.

Y estos pecado *veniales*  
lava la *buena* señora,  
al despertar cada aurora,  
con actos penitenciales.

Oyérala usted hablar  
con doña Inés, su vecina,  
del prójimo que se inclina  
á deber y á no pagar.

Pobre el mortal infeliz  
que rueda entre estas dos bocas,  
para las que fueran pocas  
las legiones de Austerlitz.

Y después de que devoran  
prójimo á diestro y siniestro,  
recitan el Padrenuestro,  
que amor cristiano atesoran.

Y no lleve á desatino  
la señora doña Inés,  
si digo lo que ella es,  
como *pan pan, vino vino*.

Mantuvo en la juventud  
amores y desvaríos,  
y acaso por sus desvíos  
opina sin rectitud.

Lo cierto es, lector amado,  
que jura por las estrellas  
no haber jóvenes doncellas,  
mujer casta, ni hombre honrado.

Y apoya sus opiniones  
-según varios pareceres-  
en que ha perdido mujeres  
cual yo he gastado doblones.

Empero se da tal maña,

que usted al verla diría:  
"Esta es más santa, á fe mía,  
que el San Ignacio de España".

II

Viene doña Dorotea  
y, con las antes nombradas,  
habla de cosas pasadas,  
y de que *Fulana* es fea.

Y agrega á su testimonio  
el que la madre Natura,  
al no prestarle hermosura,  
la excluyó del matrimonio.

Y que bien puede que sea  
su juventud desgraciada,  
pues perdida ó mal quedada  
es la misión de una fea.

Esta amable señorita  
es yá vieja solterona,  
y su juvenil corona  
riego de amor necesita.

Es fea como ninguna,  
mas se finge ser tan bella  
como la cándida estrella  
que sigue en pos de la luna.

Y se mira y se remita  
al espejo, y nunca advierte

que se aproxima la muerte  
y que amor á nadie inspira.

No quiere que ningún hombre,  
por más humilde que sea,  
tenga la maldita idea  
de dar á alguna su nombre.

Reniega de toda dama  
que por sus bellos perfiles  
en los pechos juveniles  
enciende de amor la llama...

III

Pero viene doña Luisa  
á ver á doña Tomasa  
con la urgencia de quien pasa  
cuando ya *dejan* á misa.

¡Esta sí que es una joya!  
Permita usted que salude  
á su amigaza, y no dude,  
que muy pronto arderá Troya.

Celadora *algo* sincera  
de sus propios intereses,  
elude meses y meses  
el pago á la cocinera.

Y si aquesta se desmide  
en cobrarle su dinero,  
lleva el caso á desafuero

y la insulta y la despide.

¿Pára aquí su alevosía?

No señor, que de contado  
toma cartas en privado  
la señora Policia.

Y resulta en consecuencia  
que la pobre *ñ*a Petrona  
fue expulsada por ladrona  
de casa de *Su Excelencia*.

Inquiere por la mañana  
de todo lo sucedido,  
desde un punto convenido  
de su maldita ventana.

Y á la tarde ¡Dios piadoso!  
tiene urdida en su memoria  
alguna trágica historia  
qué referirle á su esposo.

El bueno de su marido,  
que la eleva hasta las nubes,  
sale de noche á los clubes  
y cuenta lo sucedido.

El chiste de doña Luisa  
circula con eficacia  
en la culta aristocracia  
y en la plebe sin camisa.

Hoy todo asunto de crónica,  
gracias á las invenciones,  
se propala en los salones  
por la cuerda telefónica.

Un secreto entre mujeres,  
en llegando á la cocina,  
pasa presto á la vecina  
y circula en los talleres.

Librenos Dios de que el sastre  
nos mida con su rasero,  
pues éste y el zapatero  
no forman mucho contraste.

Todo esto porque una dama,  
á quien su marido mima,  
toma palco en la tarima  
apenas deja la cama.

Y el tonto de don Segundo,  
lejos de apagar la hoguera,  
la fomenta de manera  
que se abra todo el mundo.

Pero escuchémoslo hablar  
de algún prójimo vecino  
esta noche en el casino  
cuando vaya á tertuliar.

Dirá que doña Enriqueta,  
mujer de don Emeterio,,

sin temor del buen criterio  
se ha declarado coqueta.

Y que cualquier perillán  
la requiebra de la esquina,  
sin notar en su vecina  
ni en su compadre don Juan.

Que sentada en la ventana  
se olvida de sus deberes,  
y que entre muchas mujeres  
lleva vida de sultana.

Luégo exclama en conclusión:  
"Yo sí tengo una mujer  
que á mi buen modo de ver  
es fruto de bendición.

Luisa, buen Dios! ¡oh mi Luisa  
que en fe cristiana se abrasa!  
y cuando falta de casa  
es porque atiende á la misa!"

Habla con don Sinforoso,  
excelente caballero,  
que cumplió como el primero  
con sus deberes de esposo.

Hombre demasiado frío,  
como no faltan ahora,  
deja familia y señora  
á merced de su albedrío.

Y sin embargo se queja  
de que su amigo Emeterio  
no haya dado en el misterio  
de la esquina y de la reja.

#### IV

Sigue la conversación  
sobre asuntos femeniles,  
en los que tocan perfiles  
de nuestra actual situación.

Ha llegado don Elías,  
intransigente patriota,  
que canta la *Jota Jota*  
y es un héroe en nuestros días.

Como es usurero el tal,  
condena de un modo fracaso  
los apremios en el banco  
del Gobierno nacional.

Dice con voz convincente  
-porque además es letrado-  
que el pueblo no ha mejorado  
en su condición presente.

Este hombre se despavila  
por lo que ya ustedes ven:  
el malo al hombre de *bien*  
no le permite mochila.

## VI

Don Diego tendió sus redes  
en una empresa de amores,  
y por escasos favores  
alcanzó grandes mercedes.

Ninguno le motejó,  
que sólo el desheredado  
se hizo reo de pecado  
si alguna vez se desvió.

Don Diego puédelo hacer,  
porque es fino y caballero,  
y tiene mucho dinero  
que no da escaso poder.

Y aunque pase á medio día  
por cierto punto vedado,  
no le da el menor cuidado  
al Jefe de Policía.

## VII

Refieren que cierta hermosa  
vino del campo á la villa,  
cual una rosa sencilla  
y pura cual una rosa.

Pródiga Naturaleza,  
pero avara la fortuna,  
no le colocó la cuna  
á nivel con su belleza.

Queriendo honrada vivir  
y también ganarse el pan,  
entró á casa de don Juan  
do fue llamada á servir.

No tuvo esmeros prolijos  
con ella doña Fulana,  
y de tarde y de mañana  
la galanteaban sus hijos.

Y cuándo vino á notar  
la señora tal engaño,  
por no responder del daño  
la despidió de su hogar.

Sucedió que despedida  
de aquel hogar la cuitada  
se encontró madre, y burlada  
en lo mejor de la vida.

No tuvo en su casa desventurada  
quién le prestara un consuelo,  
y abatida miró al Cielo  
y luégo á la sepultura.

Despechada, casi loca,  
con su pensamiento fijo,  
miró un momento á su hijo,  
inmóvil cual una roca.

Muére! dijo al fin: tu madre  
ningún bien puede ofrecerte,

y es preferible tu muerte  
á verte, oh niño, sin padre.

El hijo volvióse al Cielo,  
y en su dolor infinito  
la madre, lanzando un grito,  
cayó rendida en el suelo.

Vuelta en sí, la luz del día  
tornó á iluminar su mente,  
y á su derredor, doliente,  
buscó la cuna vacía.

Recordó al instante mismo  
todo aquel drama terrible,  
y la conciencia inflexible  
le señalaba un abismo.

Y carcajada de loca  
lanzó al ver su niño muerto,  
al tocar su pecho yerto  
y darle un beso á su boca.

La sociedad diligente  
voló como juez severo  
á inquirir el desafuero  
de la mujer delincuente.

Encontróla infanticida,  
y terminó por decir  
que no merece vivir  
quien quita á un hijo la vida.

Con un pedazo de pan  
dado á tiempo á esa mujer  
nada tuviera que hacer  
la sociedad en su afán.

El hombre que ajó las galas  
de su bendita inocencia,  
la abandonó á la existencia  
cual mariposa sin alas.

No le dio un solo mendrugo  
para aliviar su abandono,  
y hoy entre el social encono  
quisiera ser su verdugo.

Mas el niño don *Fulano*  
no es responsable del hecho,  
y vive tan satisfecho  
como el mejor ciudadano.

VIII

Enfermó doña Ernestina,  
y su sirvienta Leonor  
en busca del confesor  
fue á la parroquia vecina.

Expuso su comisión,  
y el sacerdote con calma  
le dijo: "Mujer, esa alma  
no es de mi jurisdicción".

La criada, que anduvo alerta,  
partió al punto, sin demora,  
y al llevar á su señora  
otro Cura, hallóla muerta.

Se hicieron los funerales  
en la parroquia inmediata,  
y el Cura no vio en su plata  
cuestiones territoriales.

IX

Vaya usted con devoción  
á oír la misa mañana,  
y verá qué tan *cristiana*  
la Banda del Batallón.

Al estruendo extraordinario  
que produce un bajo ducho,  
se medita en Ayacucho,  
pero nunca en el Calvario.

Pareciera que los grandes  
de nuestras guerras mejores  
se alzarán, y sus loores  
les dirigieran los Andes.

No existe aquella armonía  
propia de un Dios que se muere,  
y que ora, porque nos quiere,  
entre la noche sombría.

Ni una nota de ternura

hace despertar el alma,  
para que mire con calma  
la Calle de la Amargura.

Yo juzgo, acá por mi parte,  
apoyado en lo que he visto,  
que han cambiado á Jesucristo  
por la persona de Marte.

Yá que les toca su turno...  
pero nó, quien habla yerra,  
y estos señores de guerra  
calzan muy alto el coturno.

Y yo soy el llamado  
á darles ningún consejo.  
Que toquen: de achaque viejo  
casi nadie ha mejorado.

Puede ser que llegue el día  
en que dedique la tierra  
tan sólo para la guerra  
el bajo y la chirimía.

X

No quiere doña Evarista  
realizaciones con doña Ana,  
diz que porque no es cristiana  
desde que es espiritista.

Y mientras que esta señora  
edifica con su ejemplo,

teniendo el cielo por templo  
y por ornato la Flora,

Aquella en la sacristía  
de favorito santuario,  
recomenzando un rosario  
pasa las horas del día.

Cuando está de buena gana,  
de lo que da á un indigente,  
manda nota al Presidente  
de la sociedad *Fulana*.

Mas averigua primero,  
antes de hacer el favor,  
si ha sido ó no pecador  
en cuitado pordiosero.

Piensa distinto doña Ana,  
y al dar el pan al mendigo  
ve en él á Dios, al amigo  
de la sociedad humana.

Al que cayó en un delito  
la ayuda á que se levante,  
y con alegre semblante  
le señala el infinito:  
"Dios está allí, Él nos mira,  
y sus favores derrama  
sobre el mortal que le llama  
y por hallarlo suspira".

Esto dice al que ha pisado  
la peligrosa pendiente  
que lleva súbitamente  
al abismo del pecado.

El oye, y del egoísmo  
de la comunión romana,  
seduce y lleva doña Ana  
una alma al espiritismo.

XI  
Mas esta gente sencilla  
y bondadosa en extremo,  
en alta mar bota el remo  
con que ha de guiar su barquilla.

Porque si Jesús no es  
hijo de Dios, y Dios mismo,  
¿salvará el hombre ese abismo  
que se abre bajo sus pies?

-Él es Dios, mas se hizo hombre  
misericordiosamente,  
y en la Cruz dobló la frente  
para legarnos su nombre-

Si Jesús no es Dios, María,  
nuestro más dulce consuelo,  
no será reina del Cielo  
ni de la tierra alegría.

Y entonces ¿á quién iremos

en nuestros grandes dolores?  
¿Ante qué deidad las flores  
de nuestras almas pondremos?

¿Ante Jehová? ¡Nó! Sodoma  
arde con rojiza lumbre,  
y del Sinaí en la cumbre  
entre terrores asoma.

Pero Jesús, padre tierno,  
nos muestra el lábaro santo,  
á cuyo pie nuestro llanto  
nos redime del infierno.

“¿Del infierno? ¡Qué ironía!”  
dirá la niña Pancracia,  
que elude con tanta gracia  
cuestiones de Teología.

“El infierno es invención  
de la sociedad católica,  
que en obsequio á la bucólica  
tuvo tal inspiración”.

“Todo el que comete un yerro  
viene, al morirse mañana,  
á solfear en una rana,  
á sufrir hambre en un perro”.

“Y así va el tren de la vida,  
de estación en estación,  
hasta hallar la perfección

como fin de la partida .....

El niño menor escucha  
tal discurso, y sin empacho  
rompe la crisma al muchacho  
que lo provoquede á la lucha.

Oye el tendero del frente,  
y yá, sin ningún rubor,  
*apunta con tenedor*  
el pan que cede á su cliente.

Y el pueblo será una horda  
á la que nadie resista,  
pues donde el temor no exista  
la sociedad se desborda.

XII

El Magistrado de tal,  
contraviento al decoro,  
y por motivos que ignoro  
se ciñó á cierto Fiscal.

Y este guardián de la Ley  
con intención demarcada,  
vio en la oveja descarriada  
la calidad de la grey.

No acepta, en su atrevimiento,  
que á la humildad de la cuna  
junte la buena fortuna  
la majestad del talento.

Imbuído en las sombrías  
preocupaciones antaño,  
ve alzarce como en su daño  
las oscuras medianías.

Qué hacer? Los ultramarinos  
de estirpe privilegiada,  
de Boyacá en la alborada  
quemaron sus pergaminos.

Y beberán el acíbar  
del ostracismo, á mi ver,  
mientras viva Santander  
y se venere á Bolívar.

Pasó la edad de los reyes  
y hoy las modernas ideas  
abren al pueblo asambleas  
para que dicte sus leyes.

Él es quien va á los combates,  
y la victoria alcanzada,  
torna á la patria salvada  
á designar sus magnates.

Pero rinde con ternura  
homenaje, á la nobleza,  
cuando la Naturaleza  
únela con la hermosura.

¿Y es acaso delincuente

porque amor en su alma encierra,  
y tiene el cuerpo en la tierra  
y en el Olimpo la mente?

Según el discernimiento  
del caballero de que hablo,  
bien puede llevarse el diablo  
la nobleza del talento.

XIII

Ande usted un poco listo  
porque hay aquí un Vigilante  
que á poco tirar del guante  
forma las de Dios es Cristo.

Amigo de la concordia,  
de que es directo encargado,  
á cualquiera en despoblado  
da plan sin misericordia.

De muchos desafueros  
y frecuentes desatinos,  
dan noticia los vecinos  
en el Barrio de Guanteros.

Y cuadre al mundo ó no cuadre  
hombre de tan poco juicio,  
medra por cualquier servicio  
que se le deba á su padre.

Casi siempre los abuelos  
mueren, dejando destinos

que por honrosos caminos  
heredan sus nietezuelos.

Y hay funciones tan enanas,  
que á las dos mil desempeña  
el descendiente de un Peña  
cuando las deja un *Juan Lanas*.

De esta excelente jauría  
se provee en perros de brío  
el Tribunal más sombrío  
que pisó planta judía.

Misterioso es el cuartito,  
y la persona que atrapa  
no piense usted que la escapa  
ni el diablo ni San Benito.

Juzgan allí de lo bueno:  
son abogados y jueces  
y hasta testigos á veces  
con militar desenfreno.

Opino que estos señores  
no tendrán á mucho gusto  
que los presente de busto  
al ojo de mis lectores.

No; pero yá que se toman  
empeño en hacer figura,  
si descenden de su altura,  
que con su pan se lo coman.

Hablo de los asentistas  
y de la chusma guardiana  
que ve en cada damajuana  
el fruto de sus conquistas.

Son éstos mendigos –reyes  
que ocasionan muchos gastos,  
pues no da ni para trastos  
la aplicación de sus leyes.

Y chitón! Por más que el ceño  
se ponga de cierto modo,  
nadie evita el acomodo  
que le den en Fontidueño.

¿Busca usted un abogado?  
Pues ese es tiempo perdido!  
nadie de fuera ha entendido  
lo que ellos han sancionado.

Mucho los intranquiliza  
la moral, mas no se advierte  
que una reclusión pervierte,  
pero jamás moraliza.

XIV

Si gusta usted de la rima  
muéstrese menos raquítico,  
porque la saña de un crítico  
puede venírsele encima.

Yá puede usted presumir  
que no es posible agradar  
á todos, y criticar  
es más fácil que escribir.

*Pedro Escudriñez, Luis Ríos,  
Mingrelío y Juancho Barinas,  
águilas ó golondrinas,  
dejaron sus señoríos.*

También los dejó *Homo Plato*,  
y el célebre viejecillo,  
nuestro *Don Juan del Martillo*,  
vino y pasó á poco rato.

Hoy cualquier gacetillero  
de periódico precario,  
forma á su modo calvario  
para exhibir á un coplero.

No es mala la aplicación  
de medicina tan grave,  
pues que yá el crítico sabe  
le sirvió en otra ocasión.

Joven, sin mayor consejo,  
pudo tomar con agrado  
un pensamiento olvidado  
en la guirnalda de un viejo.

Díjole un niño: "¡Detente!  
míra que es mala persona

la que trunca una corona  
para ceñir otra frente”.

Sirvióle lección tan buena,  
y hoy riñe á los soñadores  
que se adornan con las flores  
de la propiedad ajena.

¡Muy bien! que siga adelante  
dando reproches, que al fin,  
puede resultar Clarín  
cuando no llegue á ser Dante.

Mas un proverbio español,  
que á citar aquí me atrevo,  
nos dice que nada es nuevo  
en la tierra y bajo el sol.

¡Cuántas veces los pesares,  
al perturbarnos la calma,  
nos predisponen el alma  
para los tristes cantares!

Y lloramos ¡más el llanto  
en nuestras coplas vertido,  
viene á ser tan parecido  
al del ajeno quebranto!

A veces el sentimiento  
vertido en un mismo idioma,  
guarda el delicado aroma  
del más delicado acento.

Y podemos admitir  
que sea un robo el imitar,  
si vamos á criticar  
que es más fácil que escribir.

XV

Después de estudios prolijos  
los más célebres doctores  
no conocen los dolores  
de que se mueren sus hijos.

Un médico cierto día  
fue á visitar á su cliente,  
quien, según dice su gente,  
enfermó de apoplejía.

“Sángrenlo!” dijo el Doctor,  
y alguno, con repugnancia,  
fuese á la vecina estancia  
en busca del sangrador.

-Doctor, ¿qué tiene? decía  
con triste acento la esposa:

-Señora, no es otra cosa  
que una fuerte neumonía.

Pero tenga usted confianza  
en el favor de la Ciencia,  
que prolonga la existencia  
cuando muere la esperanza.

-Diga usted qué cantidad  
de sangre se ha de extraer.

-Eso puede depender  
de su propia intensidad.

-Doctor, va mas de una *pucha*,  
dijo saliendo la criada.

-Esa cantidad es nada  
porque ese hombre tiene mucha.

Póngale un par de ventosas  
corriendo, en el homoplato,  
que tornaré á poco rato  
á recetarle otras cosas.

-Doctor! ha muerto el paciente,  
gritó la criada en la esquina.

-¿Sin aguardar medicina?  
¡Qué hombre tan impertinente!

XVI

Cierta eminencia del Foro  
no le permite á Leonora  
relaciones con Aurora  
diz que en obsequio al decoro.

Y esta mujer abnegada,  
en molde griego vestida,  
pudo acaso ser vencida,  
pero jamás humillada.

Allá en la triste clausura

de su prisión solitaria,  
donde escondió voluntaria  
su juvenil hermosura,

Son sus amigas las rosas  
que con esmero cultiva,  
alguna mirla cautiva  
y las bellas mariposas.

Es feliz, y entre las flores  
de su pasado se olvida,  
y sueña con otra vida  
que vendrá en tiempos mejores.

¿Qué le importa el abandono  
de una sociedad que yerra,  
pero que juzga en la tierra  
cual un monarca en su trono?

¿Será dable á la fortuna,  
ó a la intervención del hado,  
romper el nudo sagrado  
que uniera á dos en la cuna?

Nó! Pero hay necesidad  
de que la Naturaleza  
calle, cuando en su torpeza  
nos habla la sociedad.

A la oficina de un Juez,  
dijo entrando un usurero:  
Vengo por aquel dinero,

y esta es yá la cuarta vez.

-Hoy no está aquí el Secretario,  
respondió el Juez con voz grave,  
y es él quien guarda la llave  
del particular erario.

Volvió el hombre al día siguiente  
y habló con el Secretario,  
pero no se abrió el erario  
porque el Juez estaba ausente.

Fueron pasando, pasando,  
uno en pos de otro los días,  
y el de las arcas judías  
siempre cobrando, cobrando.

Mas los dos impertinentes  
urdieron de tal manera,  
que ni una ocasión siquiera  
faltóles inconvenientes.

XVIII

Hay tánta usura en la tierra  
donde nacer nos convino,  
que el pueblo no halla camino  
de salvarse en esta guerra.

Muchos de los usureros  
serán tal vez acatados,  
porque los hay disfrazados  
con traje de caballeros.

Mas son en el fondo iguales  
el predero en pantalones,  
y el que establece cuestiones  
sobre asuntos judiciales.

Y esta gente sin conciencia,  
mimada por la fortuna,  
lleva muelle, de la cuna  
al sepulcro, la existencia.

Nada les importa á ellos  
mueran en lenta agonía  
el de viril energía  
y el de los blancos caballeros.

XIX

Vaya á tal botillería,  
que allí de literatura  
suelen dar con mucha holgura  
clase dos veces al día.

No serán, nó, los más diestros  
en el idioma nativo;  
pero afirmo por Dios vivo  
que se las dan de maestros.

Mientras rinden culto al vicio  
apurado vaso y vaso,  
todo el español Parnaso  
va siendo llamado á juicio.

Si viera usted cómo pilla  
esa turba irreverente  
así al Petrarca eminente  
como al laureado Zorrilla.

No advierten estos tunantes,  
para nuestra propia mengua,  
que apenas si hablan la lengua  
de Garcilaso y Cervantes.

XX

Hay aquí muchos señores,  
y no pocos señoritos,  
que van á tantos garitos  
como cuentan acreedores.

Y viven holgadamente,  
por la razón manifiesta  
de que si hoy Pablo no presta  
tienden la red á Vicente.

Y si Vicente se obstina  
es esquivar su dinero,  
van á cualquier caballero  
que se presente en la esquina.

De esa chusma de holgazanes  
habrá nacido tal vez  
esa costumbre soez  
de chistes y refranes.

Hoy sin dársele un bizcocho

á la rubia Betsabé,  
dice á Pedro: *Si lo sé,*  
si me riñes, *Te lo mocho.*

¿Qué joven aventuró  
su conyugal acomodo,  
si oyó á Juana el Y *sin modo,*  
*porque ése lo tengo yo?*

MUSTIO.

Medellín, Abril 1892.